





Relatos

Donde duermen los cerezos

Pedro Gala Zapatero



Título: Donde duermen los cerezos

Primera edición: marzo, 2026

© 2026, del texto Pedro Luis Gala Zapatero.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de portada: Platero CoolBooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1281-2026

ISBN: 979-13-87720-92-6

*A Vicky y a Víctor,
en la oscuridad vuestra luz me iluminó
y pude llegar a casa sano y salvo.*



Índice

Introducción.....	9
1 Donde duermen los cerezos.....	11
2 El sur	15
3 Mi padre	17
4 Veranos de novelas y polvo del Oeste.....	21
5 Agosto en Bahía.....	23
6 El verano que nunca volvió.....	27
7 El jardinero tranquilo	31
8 Siempre juntos	35
9 Lo que crece dentro.....	37
10 Bajo los escombros.....	39
11 El olivo eterno.....	43
12 Sin tierra, pero con memoria.....	47
13 Los que duermen al otro lado de mi calle.....	51
14 El beso.....	61
15 París en la piel.....	63

16 La casa del té de menta	65
17 Miguel Hernández	69
18 Leonard Cohen: La balada del rebelde poeta	73
19 La biblioteca que abría solo de noche.....	77
20 Las estaciones de Kilbrannan	81
21 Las estaciones de Pedro	87
22 El turista accidental.....	91
23 El lenguaje de los aromas	95
24 El barman	99
25 San Petersburgo: la ciudad que nunca duerme	103
26 El escritor del ático.....	109
27 Las habitaciones invisibles	113
28 La maleta azul.....	117
29 La decisión de Peter	121
30 La última entrevista	125
Epílogo La geografía de una vida	129

Introducción

Hay relatos que nacen de un impulso y otros que se gestan despacio, como una semilla enterrada que un día asoma tímidamente al mundo. Este libro está hecho de ambos. De lo que me atravesó como un relámpago y de lo que necesitó tiempo, silencio y heridas cerradas para poder decirse.

A simple vista, cada uno de estos relatos parece contar una historia distinta. Hay veranos que no vuelven, maletas extraviadas, madres que esperan, poetas que nos salvan y calles donde viven los que ya no tienen casa. Hay amor, pérdida, ternura, memoria, deseo, justicia, asombro, y esa fina línea entre lo real y lo que solo podemos intuir. Pero hay algo más. Un hilo invisible los une a todos.

Ese hilo no es un tema, ni un estilo, ni siquiera una estructura. Es algo más íntimo. Es un hilo que se va enredando entre las palabras y los silencios, entre lo que los personajes dicen y lo que callan. Es el hilo que he ido trenzando sin saberlo, relato a relato, año tras año, hasta darme cuenta de que, en realidad, este libro no es solo una colección de textos. Es un mapa. Un mapa de los lugares que he habitado —por dentro y por fuera—. De las personas que me han marcado. De

los dolores que me han enseñado. De las preguntas que aún me siguen. Un mapa trazado a través de fragmentos que, leídos juntos, construyen un todo. Un todo que soy yo. Porque al final, escribir es eso: extender sobre el mundo un trozo de nuestra piel para ver si alguien, al leerlo, se reconoce en ella. O encuentra un poco de consuelo. O se siente menos solo.

Así están escritos estos relatos. Como si cada uno fuera una costura más en ese todo que me conforma. Y al abrir este libro, lo despliegas tú también.

Bienvenido. Este lugar también es tuyo.

Pedro Gala

Donde duermen los cerezos

A veces, para encontrarse, hay que regresar.

No a un lugar, sino a una imagen: un instante suspendido que quedó flotando en la memoria como una lámpara encendida en mitad de la noche.

Para mí, ese lugar siempre fue un valle blanco.

Cada primavera, durante unas pocas semanas, el valle del Jerte se convertía en un milagro: miles de cerezos en flor cubriendo las laderas como si la nieve hubiese decidido quedarse a vivir en los árboles. Yo era un niño, pero intuía que aquello tenía algo de sagrado. No por religión, sino por belleza. Por misterio. Por esa sensación tan difícil de explicar de que la vida, a veces, se abre en dos para mostrarte algo que no entenderás del todo hasta que seas mayor.

Mis padres nos llevaban cada año. Íbamos en un Seat antiguo que protestaba en cada curva. Mi padre conducía con el codo apoyado en la ventanilla, y mi madre cantaba bajito una canción que no he vuelto a escuchar pero que, si cierro los ojos, aún

puedo oír.

Yo viajaba en el asiento de atrás, con la nariz pegada al cristal, esperando el momento en que el paisaje se volviera blanco.

Cuando aparecía, siempre me quedaba sin palabras.

Era como entrar en un sueño. El aire olía distinto. Sonaba distinto. Hasta la luz parecía otra. Caminábamos por los senderos entre los árboles y, cuando una ráfaga de viento levantaba miles de pétalos, yo alzaba las manos como si pudiera atraparlos. Era un gesto inútil, pero necesario. Como si creyera, de verdad, que si lograba quedarme con uno entre los dedos, ese instante no pasaría nunca.

Pero pasaba.

Siempre pasa.

Los pétalos caían, el sol caía, la tarde caía, y nosotros volvíamos a casa con la ropa llena de manchas de hierba y un cansancio bueno, de esos que solo tienen los días felices.

Años después, cuando la vida empezó a hacerse más estrecha y el mundo más ruidoso, yo volví muchas veces a ese valle. No físicamente, aunque alguna vez lo intenté, sino de otra forma: cerrando los ojos. Respirando hondo. Buscando en la memoria un lugar donde poder descansar.

Y siempre aparecía igual: blanco, silencioso, intacto.

Creo que todos necesitamos un sitio así. Un lugar que no cambie aunque nosotros cambiemos. Un lugar que nos recuerde quiénes fuimos cuando aún no sabíamos quiénes íbamos a ser.

El mío está lleno de cerezos.

El tuyo quizá tenga otra forma: una playa, un

cuarto de la infancia, una escalera, un tren al amanecer. No importa. Lo importante es saber volver. Porque hay momentos que no regresan... pero uno puede regresar a los lugares donde dormían. Y en ese regreso —aunque sea imaginado— algo siempre florece de nuevo.



2

El sur

El sur empieza antes de llegar.

Empieza en el aire.

Hay una frontera invisible —no marcada en el mapa— donde la luz cambia de textura, el paisaje se ensancha y el tiempo se vuelve más lento, como si respirara distinto. Yo siempre he pensado que esa frontera está justo después de Despeñaperros, aunque en realidad empieza dentro de uno mucho antes.

Mi sur no es un lugar: es una manera de mirar.

Es el olor a jazmín en las noches de verano, cuando el calor sigue despierto aunque sean las dos de la madrugada. Es el sonido de una radio vieja en una cocina blanca. Es el tintineo de los cubitos en el vaso de tinto de verano que mi madre preparaba los domingos. Es el brillo de las persianas bajadas a medias para que entre luz, pero no demasiada.

Mi sur es un patio lleno de macetas que siempre pedían agua, como si la felicidad fuera a mantenerlas vivas. Es el eco de las conversaciones largas, esas que se sostienen con abanicos, risas y un «quédate un poquito más» que nunca era una pregunta.

Mi sur es mi abuela, pequeña y firme, que parecía tener un pacto con el tiempo. Me enseñó que hay días que se salvan con un plato de lentejas y paciencia, y que las penas, si se comparten al fresco de la noche, pesan menos.

Y mi sur también es el mar.

Ese azul que no es solo color, sino memoria líquida. Un mar que no impone, que acompaña. Que parece decirte: «Pasa, siéntate, cuéntame lo que te preocupa».

Yo crecí lejos del sur, pero nunca he dejado de volver.

A veces con los pies.

A veces con el corazón.

A veces solo cerrando los ojos.

Porque uno no es de donde nace, sino de donde se queda a vivir por dentro.

El sur me enseñó a mirar lento, a escuchar de verdad, a dejar que las cosas tomen su forma sin empujarlas. Me enseñó que la vida tiene un ritmo propio, que no hay que correr tanto, que los días también saben esperar.

Por eso, cada vez que la vida me aprieta, busco una silla al sol —aunque esté en Madrid y no haya patio— y dejo que el corazón recuerde su idioma original: el del sur.

Un idioma hecho de calma, de olor a limoneros, de manos que no sueltan y de un calor que no quema, sino que abraza.

Un idioma que, cuando lo vuelvo a escuchar, me dice: «Ya estás en casa».